

Ciudades de la Bética

[21]

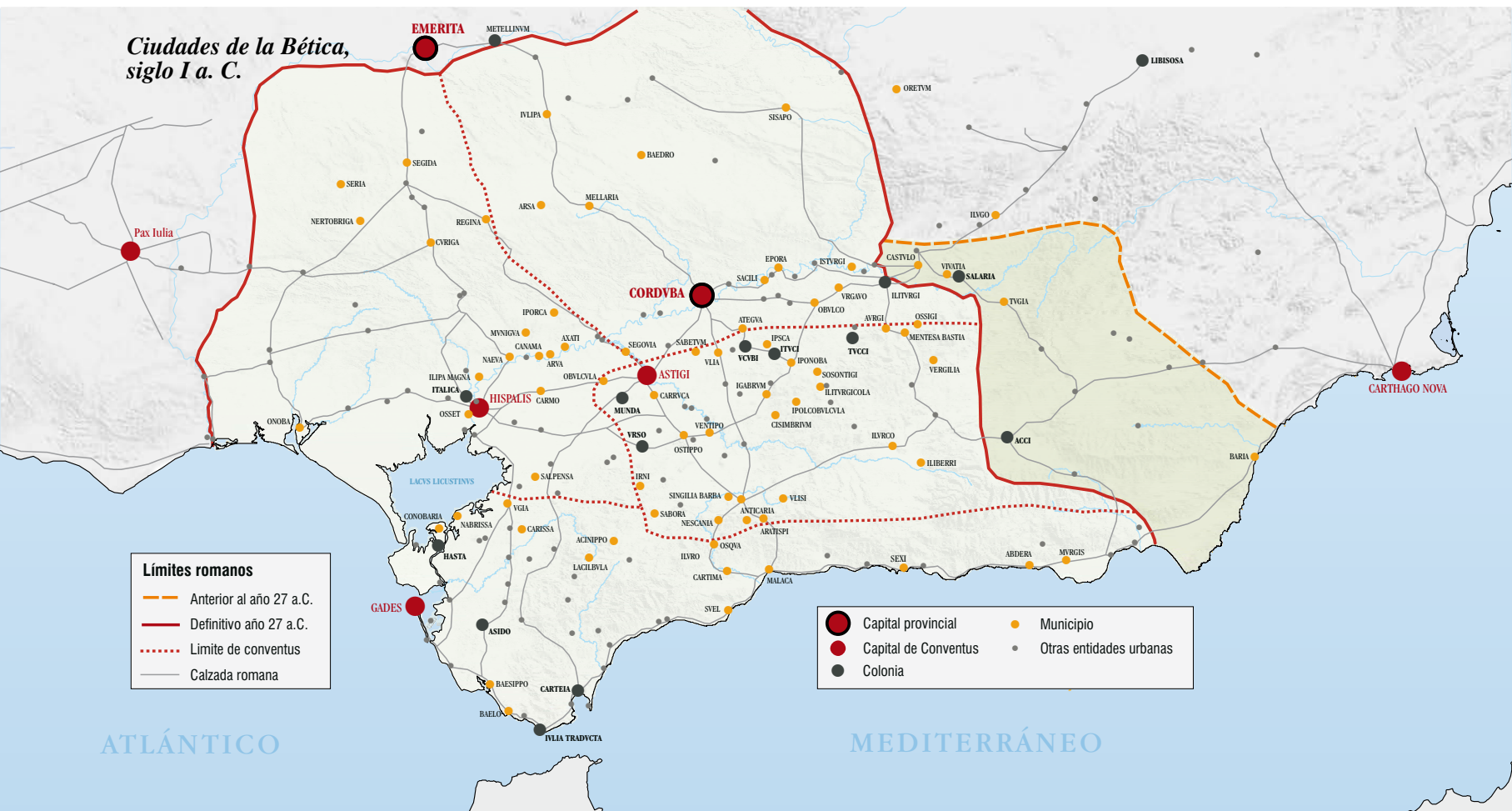
Con el dominio romano del sur de la Península desde fines del siglo III a.C., las ciudades se convierten en los focos de la población y en la base del control y organización del territorio. Desde el siglo I a. C. hasta el Bajo Imperio, la Bética se dota de una sólida red urbana, particularmente densa en el valle del Guadalquivir y la costa desde Cádiz al sudeste.

La urbanización del sur de la Península se fundamentó inicialmente en las ciudades ya existentes, diferenciándose aquéllas cuya autonomía se reconocía de manera directa («libre») o mediante un pacto («federadas»), y las sometidas sujetas a tributo («estipendiarias»), que eran la gran mayoría. Paulatinamente se crearon «colonias», fundaciones *ex novo* o sobre núcleos previos que comportaban el establecimiento de veteranos legionarios, la delimitación y reparto de tierras para el cultivo y la adopción de las instituciones romanas, gozando

de un elevado estatus honorífico. Desde la fundación de *Carteia* en el 171 a.C., la primera con categoría de colonia latina fuera de Italia y en toda la Hispania, César y Augusto impulsaron numerosas fundaciones coloniales que, distribuidas a lo largo del valle bético sobre todo, promovieron una profunda romanización y reestructuración del territorio. En paralelo, otros núcleos urbanos prominentes accedieron al rango de «municipio», ciudades dotadas de autonomía a las que se otorgaba el derecho romano o latino y en las que predominaba el

carácter civil, frente al matiz militar de las colonias.

Este proceso de urbanización favoreció la expansión y homogeneización de la ocupación del territorio y la concentración de la población en asentamientos en llano y al hilo de las vías de comunicación en las áreas de mayor potencial productivo (agropecuario, pesquero, minero, mercantil...). En el siglo I d.C. la provincia Bética era, con diferencia, la más urbanizada de Hispania, albergando, según Plinio, 175 ciudades, de las cuales 9 eran colonias, 37 municipios y 120 estipendiarias.



Núcleos ibéricos y púnicos (siglos IV- III a. C.)

La red urbana romana se cimentó en muchos casos sobre núcleos preexistentes de origen ibérico o púnico, como *Carmo* o *Castulo*. Los mayores asentamientos ibéricos eran los *oppida*, grandes poblados fortificados de los siglos VII a II a. C. que podían llegar a cubrir una superficie de 6 ha, como en el de Puente Tablas (Jaén), con estructuras habitacionales de planta rectangular, calles y murallas de hasta 5 m de altura.

Algunos de estos poblados tendrían continuidad en época romana, mientras que muchos otros se abandonarían en favor de poblaciones con nuevos emplazamientos. Respecto a los asentamientos de raíces fenicio-púnicas, en su mayoría subsistieron y, refundados, se convirtieron en algunas de las principales ciudades romanas, como *Corduba*, *Hispalis*, *Gades*, *Carmo*, *Carteia* o *Malaca*.



Hispania Bética y sus ciudades según C. Ptolomeo

Junto al conocimiento actual de las ciudades del sur de la Península en época romana que depara el uso conjunto de la arqueología y otras fuentes, obras como la *Geografía* del griego Claudio Ptolomeo, compuesta en el siglo II d.C., facilitan un acercamiento a la percepción coetánea que se tenía de esta región y su entramado urbano. Tanto en los listados que recoge como en los mapas elaborados a partir de ellos, en copias realizadas desde la baja Edad Media, como el ejemplar de la Biblioteca Nacional de España que aquí se muestra trazado en el siglo XV, el geógrafo de Alejandría reseña más de 80 poblaciones en el territorio bético, una elevada densidad que se hace especialmente tupida en torno al eje del Guadalquivir, desde su cabecera a la desembocadura, y desde aquí a lo largo de la costa hasta el sector de Salobreña y Adra. En contraste, por la Meseta y el Norte la localización de referencias urbanas se hace más abierta.

Continuidad o discontinuidad. Permanencia y cambio de los asentamientos romanos

Mediante un somero muestreo de las colonias y municipios romanos del área bética y de su continuidad o no hasta el presente, se aprecia la pervivencia de cierta mayoría, pero sobre todo de bastantes de los núcleos de mayor importancia en la antigüedad que todavía siguen siendo entidades de notable consideración. Se constata así el afianzamiento en época romana de una red urbana fundamental de larga duración en las tierras bajas del valle del Guadalquivir y en las fachadas atlántica y mediterránea.

En cuanto a la discontinuidad, se percibe el posterior desdoblamiento de numerosos núcleos romanos también en el valle bético, áreas de montaña y el Estrecho, fenómenos que han de relacionarse con el abandono de asentamientos en llano y su concentración en emplazamientos de altura durante la Edad Media y con el retraimiento del poblamiento del Estrecho tras el Imperio y su reordenación en la etapa andalusí.

